

LA FILOSOFIA Y SU HISTORIA

El llamado por antonomasia problema filosófico, clave de los innúmeros problemas que desde antiguo se vienen planteando en filosofía, se encuentra formulado en términos acuciantes todo a lo largo de la filosofía moderna.

Y se puede decir que nada ha contribuido tanto a llevar la problematidad a la raíz misma de la filosofía como su propia historia.

La filosofía es de suyo un saber con tendencia a la universalidad, no solo en su objeto sino también en su validez. Cuando se desenvuelve en sentido vertical y estático de su función específica, sin referencias al espacio y al tiempo, se yergue inevitablemente con plena confianza en sí misma, formulando leyes absolutas retardoras de toda temporalidad.

Cuando se presenta en cambio como un fenómeno más aparecido en el campo de la historia, pronto se advierte que no hay sentencia filosófica que no se encuentre, cambiando la fecha y el punto geográfico, negada por la misma filosofía. Al conjuro de este solo hecho las multiformes doctrinas filosóficas aparecen enseguida referidas a circunstancias históricas que las condicionan, su solidez se resquebraja, su universal validez se achica y todo en ella queda relativizado. La filosofía como tal, como saber científico superior queda así herida de problematidad, pasa a ser el primero y más fundamental de los problemas filosóficos.

De hecho Descartes y Kant llegaron a plantearse el problema de la filosofía ante el espectáculo que les ofrecía el desacuerdo constante de cuantos antes que ellos habían filosofado. Y es muy digna de notarse su actitud frente a la condición histórica del saber filosófico, porque de ella arranca, a nuestro modo de ver, toda la malhadada suerte de la filosofía posterior.

La actitud de Descartes y Kant consistió en negar la historia, en no aceptarla como condición propia de la filosofía que hacemos los hombres. O, si se quiere, en concebir la filosofía como incompatible con un proceso histórico de contradicciones y progreso.

Ni uno ni otro de los dos filósofos tuvieron mucho éxito cuando intentaron llevarla por fin a ese soñado cauce rectilíneo sin retrocesos ni alternativas. Pero su concepción del saber filosófico no dejó por eso de seguir siendo considerada como un supuesto indiscutible. Ahora bien, como en la historia de la filosofía no se encuentra de hecho nada que concuerde plenamente con esa utópica concepción, el progreso de los estudios históricos representó un rudo golpe para la filosofía, llegándose en el apogeo del cultivo de estos estudios a suplantarse la filosofía por la mera historia.

He aquí cómo la negación de la historia en filosofía ha conducido a la absorción de la filosofía por la historia.

Esto puede constituir una provechosa lección para el filósofo en el sentido de que le invita a revisar ciertos conceptos que corren como moneda legítima en la filosofía moderna y a volver, dejando de lado tanto una filosofía ahistórica como una historia sin filosofía, a la postura razonable y equilibrada, conocida ya en sustancia por los maestros de la escolástica, de una filosofía *que tiene historia*. Una filosofía que ni es obra de ángeles ni se queda en puro contingentismo de brutos. Una filosofía humana: de un ser espiritual capaz por ello de ideas universales; pero encarnado en materia, obligado por consiguiente a conquistar esas ideas a través de una enconada y trabajosa lucha con la opacidad de lo material. Aceptar la historia en este sentido es pura y escuetamente reconocer la condición humana de la filosofía.

Y, puestos en este plano, la historia, lejos de ser el gran enemigo de la filosofía, puede ofrecer en su favor un precioso testimonio. Porque es la historia la que puede dar fe de que si la filosofía ha cambiado y se ha contradecido y ha servido al mal o se hizo instrumento de frivolidad en manos de poetas o diletantes no fué tanto por filosofía cuanto por humana.

Es precisamente esta la orientación y el sentido con que en una obra reciente (1) el P. Joaquín Iriarte, S. J. ha tocado de nuevo el tema del problema filosófico.

Piensa también el P. Iriarte que "para librarse de los prejuicios máximos de hoy, del historismo más en particular, es un gran remedio la historia de la filosofía" (pág. 7). Y traza con estas miras la historia de esta ciencia; no de la filosofía ya hecha, de los sistemas filosóficos, sino de la filosofía "in fieri", del filosofar, de ese fenómeno extraño, pero insoslayable en un inventario del haber humano, que consiste en buscar la explicación última y más general de todas las cosas.

En sucesivos capítulos nos va mostrando el humilde y pro-

(1) DR. JOAQUÍN IRIARTE, S. J., *El problema filosófico*. Ser, sujeto y funcionamiento del alto saber humano, Biblioteca Filosófica dirigida por Adolfo Muñoz Alonso, de la Univers. de Murcia, Barcelona, Luis Miracle, 1953. 286 páginas, 21,5 × 14 cms.

gresivo alborear de la filosofía. Producto de una variedad muy peculiar de hombres llamados filósofos, esta nueva ciencia nace en una latitud y en una época determinadas; orientada ante todo a descifrar los secretos de la mecánica celeste; como una potenciación máxima —en lo objetivo y en lo subjetivo— del humano saber; con el concurso de todo el hombre aunque predominantemente de la inteligencia; al servicio muchas veces de la injusticia, la revolución y la incredulidad, pero en definitiva gran educadora del mundo.

Afronta luego el hecho de las discrepancias entre los filósofos, que si son profundas, no lo son tanto que no dejen lugar a un cuerpo sustancial de coincidencias —entre las que de modo especial se anota el teísmo—, y toca temas de tanto alcance en las vicisitudes de la ciencia filosófica como la originalidad, el sistematismo, el intuicionismo, y, la derivación literaria en filosofía. Y hasta analiza entre sus contingencias el hecho contemporáneo de que la filosofía quede envuelta en las preocupaciones angustiosas de una época de crisis, y el que en el pasado fuera obra preferentemente del sexo fuerte mientras que hoy se inicia una mayor participación de la mujer en la tarea filosófica.

No es que juzguemos esta obra perfecta en su género. Ni en intención ni de hecho es un tratado de rigurosa índole científica. Su estilo fluido y abundoso, su modo tangencial y sugerente de tocar los temas de fondo y hasta su ligera entonación apologética contribuyen sin duda a hacer un libro ameno y agradable, pero restan nervio y consistencia a su dialéctica; aunque siempre son estas algo más que las “frívolas páginas” de que modestamente habla el autor. Juzgamos deficiente el estudio que se hace de los factores determinantes de la variabilidad filosófica, insistiendo desmesuradamente en el factor subjetivo volitivo a expensas del objetivo. Siempre nos ha parecido superficial y facilona, por más que muy repetida, esta insistencia casi exclusiva en la perversidad del hombre cuando se trata de explicar su repulsa de una filosofía dada. La discontinuidad histórica de los sistemas no radica tanto en el hecho de que la filosofía prejuzgue los deberes prácticos del hombre cuanto en la magnitud de su cometido científico para la limitación de la inteligencia humana; no depende tanto de una torcedura de la voluntad cuanto de una deficiencia de la inteligencia. También nos parecen optimistas en demasía y no suficientemente acrisoladas las conclusiones sobre el sustancial acuerdo —en el teísmo entre otros puntos— de los filósofos y de los sistemas. Merecen en cambio especial mención por la finura de sus análisis y lo atinado de sus observaciones los capítulos en que se estudian los binomios filosofía-poesía y filosofía-existencialismo (XIII-XIV).

Pero, aunque susceptible de una más rigurosa realización, la obra resulta interesante y sugestiva por su enfoque y orientación, que sin ser absolutamente nuevos, ofrecen posibilidades muy fecundas a la investigación en orden a darnos una exacta comprensión de nuestra filosofía. Porque contemplarla en la historia es

verla envuelta en todo ese conjunto de adherencias capaces de darnos razón de aquellas deficiencias que de otro modo corren peligro de ser atribuidas a la filosofía misma. "No vayamos, pues —nos dice en este mismo sentido el autor—, a separar la filosofía de su función social e histórica, de sus contactos humanos —donde está el espíritu—, aunque a veces estos contactos hayan sido desfavorables para su causa. La filosofía que promete darnos la verdad, ha sido muchas veces vehículo de mentiras escandalosas. Es muy fácil hacer alto en este aspecto suyo, menos digno, sencillamente desedificante, y dictaminar enseguida que no vale nada. En cambio, verla funcionar a través de la historia, notar sus fallos y no quedarse en ellos, sino explicarlos como adherencias humanas que implica ese saber que no es ciencia, porque es más que ciencia, porque tiene la universalidad como objeto y sujeto, y por lo mismo complejidades vastísimas, es no sólo hacer que se salve una ciencia, sino dar satisfacción al género humano que la cree indispensable para sus altos fines culturales" (pág. 6).

Esta misma visión histórica puede ser la clave para comprender —y perdonar— concretamente los desvaríos de la filosofía de nuestros días. Lo señala también el autor mientras denuncia agudamente uno de nuestros pecados para con la filosofía: "Saber que lo que no pasa en ciencia alguna, hablar de ella y discutirla sin preparación ni competencia, pasa en filosofía; que se la ha cultivado, que se la cultiva hoy alegremente en formas de fácil literatura, sin tecnicismos ni seriedad científica, tratándola como si fuera biografía, historia, novela, poesía, cuando su metódica debió haberse respetado como en las demás ciencias, es ya empezar a comprenderla, en otros términos empezar a perdonarla" (pág. 7).

Y, por descontado, que es un camino para que, poniendo el remedio allí donde se encuentra el mal, la filosofía triunfe cada vez más plenamente de la limitación y deficiencias del filósofo.

FR. JESÚS R. ARIAS, O. P.